



Asociación Clara Campoamor
San Fernando

HABITACIONES CERRADAS

D. RAMON LUQUE SANCHEZ

PRIMER PREMIO

III CERTAMEN LITERARIO DE LA
ASOCIACION
"CLARA CAMPOAMOR"
AÑO: 2006

HABITACIONES CERRADAS.

En aquel viaje había encerrada una mentira. Los cuatrocientos kilómetros que recorría hasta llegar a su destino eran siempre una condena, una lucha desesperada por tratar de controlar unos recuerdos y emociones que invariablemente le atenazaban el alma y le impedían razonar. Eran palabras, gestos y bromas que se repartían cada uno de agosto. Horas de disimulo ritualizadas por la costumbre, de aparentar delante de los suyos una despreocupación que estaba lejos de sentir. Atrás quedaba un reiterado fracaso: la decisión de no volver nunca mas a un lugar que lo ahogaba de infelicidad. Siempre durante todo el año, diciendo no, no, no....para caer al final en la tentación, en la necesidad de un calvario que no sabía o no debía superar. Y siempre mintiéndose para acallar la voz que por dentro le gritaba: Esta vez si, esta vez si....Aunque él supiera de antemano que otra vez sería no, que nunca haría nada, que ya lo daba todo con volver. Solo cuando en medio de tantas palabras aparecía el nombre de tía Eulalia, de la alegría que le proporcionaban cada verano con su visita, se relajaba y era sincero.

Paró el motor y observó la casa desde el coche, paralizado, sintiendo una agonía que le impedía salir. La piel se le bañó entonces y un llanto contenido le humedeció los ojos, aguantó la respiración, intentando frenar su propio latir y detenerse frene a un tiempo que lo invadía a borbotones. Cuando al borde de la asfixia abrió la boca y dejó que una bocanada de aire fresco oxigenara su cuerpo también los recuerdos entraron y arrasaron, como cada año.

Al morir su madre, Manuel se fue a vivir con su abuela materna, Adriana, una enérgica y cariñosa matrona que lo acogió con todo su amor. Junto a la Abuela estaba tía Eulalia, la amable solterona que lo fue todo para él. Desde el primer momento ambas mujeres se propusieron que olvidara la muerte de su madre. Le hablaban poco de ella, pero cuando lo hacían no era desde el dolor de la ausencia, sino desde la felicidad de su maternidad, desde la dicha callada del recuerdo. Con palabras de cariño le envolvieron en un estado de liviandad en el que la pena y el dolor no existían. Fue así como consiguieron que pese a la tragedia vivida el niño fuese feliz. Claro que todo el mundo ha sido feliz en su infancia.....o no....

Llevaba con ellas más de un año cuando descubrió que una de las habitaciones de la enorme casa familiar permanecía siempre cerrada. Preguntó el porqué, pero la respuesta que le dio la abuela fue una evasiva: habían perdido la llave y no la encontraban. Manuel no se quedó satisfecho, en su imaginación infantil comenzaron a formarse las mas Inverisímiles explicaciones. La zozobra por el misterio oculto y el ansia de aventura propia de un niño, se aliaron para dispararle la imaginación. Se obsesionó y buscó por todas partes la ansiada llave, lo que más deseaba de todo el mundo, era entrar allí; pero no la encontró. Al ver que su inquietud se multiplicaba, fue tía Emilia la que un día le cogió de la mano y lo llevó, sigilosamente, escaleras arriba hasta el último rincón de la casa, como temiendo que aquello que iba a desvelarle pudiera ser oído por alguien y violar así un secreto que no se debía saber.

-No quiero que nadie se entere de lo que voy a decirte -le advirtió- . Las habitaciones en las que ha muerto una persona hay que cerrarlas durante cinco años, es para que el espíritu del difunto se vaya olvidando de sus sufrimientos en esta vida. Solo al final de ese tiempo su alma podrá descansar en paz. Por eso no se habla de él durante estos años y mucho

menos se les llama por su nombre. En el dormitorio que ves cerrado es donde murió tu abuelo hace ya tres años. No intentes nunca entrar allí.

Manuel quedó desconcertado por tantas interrogantes como acudían a su cabeza. Quiso preguntarle por su madre, saber el motivo por el que no habían vuelto a la casa donde murió. El mutismo de su tía le hizo desistir. Con una de sus manos le cerró la boca y le advirtió que no dijese nada. Después le hizo jurar que nunca hablaría de esto con nadie. Le rogó encarecidamente que se olvidara de lo que le había sido revelado en un momento de debilidad. Su futuro dependía de su silencio, de su capacidad para mirar hacia delante, de no detenerse en el pasado.

No quedó convencido con las explicaciones de su tía y durante unos meses le estuvo dando vueltas a sus palabras. ¿Qué misterio le ocultaban? Pese a todo no consiguió amedrentarlo. Él no era supersticioso y por supuesto que no le tenía miedo al espíritu de ningún muerto. Pero tuvo que ser dos años después cuando comprobara que detrás de aquellas habitaciones cerradas no había ni miedo ni espeluznantes historias que ocultar, sólo respeto y deseo de dar descanso y paz a los muertos.

Una mañana al volver del colegio, se encontró con que la puerta de sus desvelos estaba abierta. No escuchó ningún comentario, nada que delatase un cambio, parecía que siempre hubiese estado así. Entró con sigilo, cuando nadie lo veía, tratando de adentrarse en unos misterios que le estaban vedados por su poca edad. Pero no descubrió nada extraño, allí no había ninguno de los fantasmas que su imaginación infantil le hacía presagiar. Tampoco había polvo ni telarañas que delatasen que el tiempo se hubiera detenido años atrás. Era un dormitorio igual a otros, con su cama vacía, sus muebles encerados y una idéntica mudez al de otros lugares habitados por la soledad. Aquella casa tenía muchos rincones así.

No pudo aguantar más y aquella tarde le soltó a su tía la pregunta que lo tenía atenazado desde que esta le confesó el secreto de la habitación cerrada: ¿Cuándo volverían a su casa?. Al principio ella no dijo nada. Tuvo que insistió mucho para que le contestase.

-No iremos allí hasta que se cumplan diez años de la muerte de tu madre, es porque sufrió mucho antes de morir, por eso no bastó con cerrar una habitación, su dolor está por toda la casa.

La revelación le dejó frío. No sabía que su madre hubiese sufrido tanto. En su memoria sólo habitaba la imagen de la madre dulce y amante que había sido. Imaginó que fue por la temprana muerte de su padre y por la dura enfermedad que pasó al final. No sospechó o no quiso sospechar nada mas. Los recuerdos, tanto tiempo aletargados se despertaron y se agolparon contra su corazón. Se sintió desfallecer mientras recordaba su perplejidad ante la muerte y como al terminar el entierro sacaron sus ropas y los objetos de valor que había. Después, cerraron puertas y ventanas a cal y a canto. Cuando unos días mas tarde, él dijo que quería volver a recoger unos juguetes, la respuesta fue un no rotundo, para que no hubiese lugar a dudas. Ahora comprendía, ahora.

Manuel quiso saber más, pero se estrelló contra un incomprensible silencio. Si consiguió en cambio, el compromiso de que estaría presente cuando se abriese la casa. Su casa.

Volvieron allí al cumplirse el décimo aniversario. Entró primero la abuela, que asomó la cabeza y encendió la luz. Detrás, tía Eulalia y Manuel. Seguía al zaguán un pasillo central al que daban las puertas de las distintas habitaciones, todas cerradas. El pasillo terminaba en una pared, en la que colgaba un retrato de su madre. Debía tener la edad que él tenía ahora, dieciocho años. Se la veía feliz. Sonreía y Manuel quiso creer que lo hacía

por él. Previendo en su su gesto la felicidad que le proporcionaría su figura tanto tiempo después. Se la imaginó cuando le hicieron el retrato, poco antes de casarse, muy ilusionada. Mientras andaba ensimismado en estos pensamientos, oía de fondo las voces de las mujeres y los chirridos que hacían los pernios herrumbrosos al abrirse las puertas. Salió de sus cavilaciones gracias a la llamada de la tía, la ventana del salón estaba encasquillada y no podían abrirla. Empujó el pomo de la puerta y presintió que estaba hiriendo una historia que se había detenido en un tiempo viejo que suplicaba olvido y soledad. La luz, tamizada por los años de polvo dormido, creaba un ambiente irreal. Creyó que flotaba entre las sensaciones del pasado y se sintió frágil como un cristal. Después, al quedarse solo en la habitación, notó como un frío sin nombre lo dejó malherido, quitó la sábana que cubría uno de los sillones y se sentó. Cerró los ojos, quería relajarse, apaciguar los latidos de su desbocado corazón. No lo consiguió. Primero escuchó un rumor que fue subiendo de tono hasta hacerse audible. Era su madre, lloraba, hablaba entrecortadamente y exteriorizaba su soledad y desconsuelo. Había otra voz de fondo. Era la de un hombre que no le era totalmente desconocido, su padre, de quien apenas había oído hablar. Quedó conmovido; siempre le habían dicho que había muerto durante un viaje por el extranjero. A través de sus gritos discutían. Intuyó por qué había desaparecido de su vida. Mentira, toda su vida organizada sobre la mentira. Como un poseso recorrió toda la casa, pero en todas partes las mismas sensaciones, el mismo dolor.

Fue su abuela quién se dio cuenta de su angustia.

¿Qué te ocurre? -le preguntó.

-Apenas podía hablar.

-Es mi madre -balbuceó al fin-. Ahora lo se todo. Está gritando su tormento por el abandono, llorando por el terrible desconsuelo que le tocó vivir.

La abuela no dijo nada. Lo miró enternecida y lo abrazó. Acarició los negros cabellos de su nieto y dejó que sollozara sobre su hombro. Cuando se sosegó le contó todo lo que le había estado vedado. La traición y el abandono de su padre, cuando él tenía tres años, en busca de otra mujer; la desesperación de su madre, que acabaría llevándole a la tumba; y la mentira que urdieron para que él estuviera ajeno a tanto dolor. Después respiró profundamente, temblaba y con una rara voluntad fue colocando nuevamente las sábanas sobre los muebles. Seguidamente bajó las persianas y cerró puertas y ventanas. Cuando los tres salieron echó la llave de la casa como si fuese el sello de una inmortal pirámide. No han hablado mas de este tema.

Durante el tiempo que vivió la abuela ya no volvió a ser la que era. Fueron pocos meses, en los que se encerró en si misma y se fue apagando lentamente, como un candil.

Metido en estos pensamientos, sale del coche, se dirige a la casa con pasos lentos y cortos, casi medidos. Sin darse cuenta sonrío al pensar en la cara de felicidad que pondrá su tía Eulalia cuando los vea. El ha sido para ella el hijo que nunca tuvo, la persona por la que sacrificó su vida. Años de lucha para que el sobrino terminara una carrera y se marchara de aquel lugar.

Aparentemente, ella es el único motivo por el que cada año vuelven allí. Sólo él sabe que no es así.

Como si se tratase de un acto sagrado, Manuel abre la puerta con cuidado.

Es mediodía y la luz del sol ilumina el pasillo central.

Al fondo, el retrato de su madre. La emoción apenas lo deja moverse.

En silencio, no pasa mas allá del zaguán, la mira derrotado y le susurra que es muy feliz, que la quiere, pero que lo perdone por no poder hacer nada más, por no atreverse a entrar .

Desde el coche, su mujer y sus hijos lo observan tranquilos, sin llegar a comprender que sucede.

Aparentemente, entra a mirar el viejo retrato de su madre, a saludarla, a decirle que ha vuelto, que otra vez está en el pueblo. Un rito que le gusta repetir cada año en soledad. Manuel nunca les ha hablado de una historia que invariablemente le parte el corazón.

Después cierra con llave y regresa al coche mientras respira profundamente para sosegar. El dolor, otra vez, ha quedado encerrado tras una puerta. Mientras se dirigen a ver a tía Eulalia piensa que alguna vez tendrá que entrar en la casa y abrir a la luz sus habitaciones, pero tiene miedo, mucho miedo, a escuchar de nuevo aquellos lamentos y comprobar que su madre aún no ha podido descansar en paz.

EL RELATO
HABITACIONES CERRADAS
CONSIGUIÓ EL PRIMER PREMIO

EN EL
III CERTAMEN LITERARIO
CONVOCADO POR LA ASOCIACION
"CLARA CAMPOAMOR"
EN EL AÑO 2006.